



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

El manomóvil bajo el pampanaje

Que yo sepa, los diccionarios no registran esta palabra: manomóvil. Lo de mano y lo de móvil uno entiende bien, pero ¿qué era el manomóvil que mi tío Manuel puso a mi disposición una blanca mañana de diciembre en el patio de su casa, cuando la fuerte luz del sol se empeñaba en penetrar sin residuo a través de los tupidos pámpanos y dibujaba garabatos inestables sobre la bien apisonada tierra roja?

Era un vehículo de madera pintada de amarillo, con cuatro ruedas -las de atrás más grandes que las delanteras- y un manubrio para propulsarlo. A fin de dirigirlo había que colocar los pies sobre el eje de las ruedas delanteras; el manubrio, puesto en movimiento con las dos manos casi juntas, hacía girar el eje posterior. El manomóvil había pertenecido años atrás a mi primo Manolo, hijo mayor del tío Manuel: mi primo era ya un hombre hecho y derecho estudiando él la Facultad de Medicina de Asunción. Y, sin embargo, el manomóvil parecía nuevo. No tenía manchas ni herrumbre.

¡Cómo aprendí a manejar aquel coche de juguete a lo largo del inmenso patio, alrededor de los canteros rebosantes de flores, infundiendo al vehículo una marcha veloz o lenta, siempre fácil y ágil! Aquel ejercicio me infundía una suerte de éxtasis deportivo. Las llantas de metal dejaban huellas un poco más rojas que la dura tierra roja que iban surcando. El perro Pampa -uno, no sé cuál de la [151] dinastía de los perros Pampas de la casa de Villarrica- solía seguirme con pasos rápidos y, de vez en cuando, me lamía la cara. Eramos tres en el vastísimo patio cubierto por la parra o, mejor dicho, las

sucesivas parras grávidas de racimos en la quietud soleada de las mañanas verdiazules, de las siestas caldeadas, de los atardeceres perfumados de jazmines, de rosas, de diamelas, de claveles. Eramos tres: el manomóvil, casi un ser animado, el perro todo animación jadeante y yo que hacía girar aquellas cuatro ruedas aspirando un vaho de tierra fecunda y de plantas olorosas.

Bajo la techumbre encendida del pampanaje tornasolado por las luces del cielo que parecían acercarse a veces y otras alejarse del mundo, me sentía como inmerso en la Naturaleza: aquello no era un bosque pero sí un ámbito poblado de vida exuberante, rodeado por el aliento vegetal de tanto ser mudo; mudo sí, pero viviente.

Parras e higueras son para mí símbolo de felicidad paradisíaca. Siempre he sentido oscuramente que hay en ellas una magia antiquísima, algo ancestralmente pagano y cristiano a la vez. Había una higuera grande, más grande que las otras, en el centro del patio, o mejor, a un costado del centro del patio. Esta higuera fecunda en frutos de madurez no simultánea y de bien diseñadas hojas ásperas, crecía en un cantero circular. Ladrillos semihundidos con la punta de uno de sus ángulos al aire, le formaban un cerco casi tan colorado como la tierra.

¡Cuántas veces me he evocado a mí mismo, mucho más bajo que la higuera, muy próximo a ella, tentando los higos más oscuros, los más al alcance de la mano, para elegir el mejor, el menos duro y el más dulce: el higo ya reventón a fuer de sazonado!
[152]

Como yo era chico, y tan chico como para confundir los sonidos: higo y mi nombre *Hugo* parecían sonar de modo indistinguible. Arrancado el fruto, el árbol moráceo vertía gotitas de leche. Esto me maravillaba. A veces, conduciendo el manomóvil, lo detenía de golpe dispuesto a darme un banquete cuanto más secreto mejor y lo estacionaba al pie de la higuera grande, bajo una parra de mis uvas favoritas. Había varias escaleras junto a los postes de ésta y las otras parras, y gracias a dichas escaleras se hacían accesibles los racimos más altos. Yo solía mirar los racimos de allá arriba y los higos de aquí abajo de la higuera. Y no sabía por cuáles frutas optar, las de arriba o las de abajo. Acontecía esto a la hora de la siesta. Todos dormían en la casona. Yo era libre, yo era dueño de aquella riqueza: la de los racimos de uvas no verdes para mí como para la zorra, y la que estaba al alcance de mis manos extendidas verticalmente.

Casi medio siglo después, o más de medio siglo después de aquellas siestas estivales, viviendo a la sazón en California, sentí una mañana de verano una ciega voluntad de escribir un poema. Ciega, digo, porque no sabía qué clase de poema era el deseado; no tenía siquiera una vaga intuición de su contenido.

Había visitas en mi casa. Un chico rubio nadaba en la piscina del patio del fondo. Me excusé ante las visitas. Fui a mi escritorio y como si al llegar y sentarme ante mi mesa me convirtiese de pronto en amanuense del chico aquel de Villarrica enamorado de su higuera y parras, empecé a escribir. Ahora tenía en la mente una higuera de muchos higos maduros y no maduros; la higuera del cantero del cerco de ladrillos que enseñaban sus puntas. Allí cerca, el manomóvil amarillo. Sobre la higuera se me hizo intuible una

alta parra de relucientes racimos. Y vi a un lado y a otro el inmenso patio soleado. El aire estaba lleno de las fragancias de antaño. [153]

Alguien gritó entonces hacia el ámbito del patio, desde un corredor blanco. Alguien gritó «¡Hugo!» o acaso gritó «¡Higo!» «No lo sé. El poema fue escrito en pocos minutos:

Higuera y parra (¿1922?)

La higuera abrillantada, con hormigas
ciegas de sol y hambrientas, por sus ramas.
En la tierra bermeja, reventones,
yacen higos maduros casi negros.
Yo miro hacia la parra y mi codicia
vacila entre racimos que no alcanza
y los frutos yacentes en la tierra.
Un grito en la distancia con mi nombre
dentro, como en la luz del sol el disco
es centro de una voz de inmensas llamas.
Me llaman desde un corredor muy blanco
todo aureolado del resol de enero.
Yo abandono la higuera a las hormigas
y llevo un fruto verde hacia aquel grito...

(Del libro *Palabras de los días* -Universidad de Zulia, Venezuela, 1972) [154]

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo